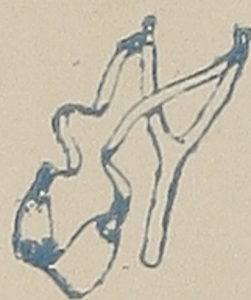


Oscar Castro L.

COMARCA
DEL

Jazmín



COLECCION *La Honda*
Ediciones CULTURA

no

dl 34

Comarca del Jaramin



COLECCION *La Honda*

VOLUMEN V

DIRECTOR

Nicomedes Guzmán

bnch
Ch 863
C3556c
1945
c.1
AAA8670



*Una lumbré definitiva sobre
el carácter de la chilenidad*

Ch 36
C 3536
19
86

Oscar Castro L.

COMARCA

DEL

Jazmin



Ediciones CULTURA



OR

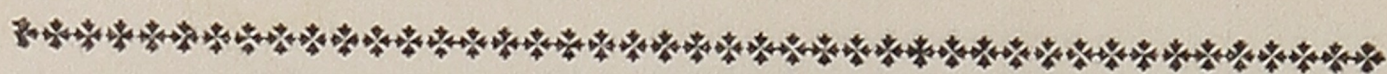
Es propiedad del autor.
Inscripción Núm. 11.269
Editorial "CULTURA".
Santiago de Chile - 1945

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CONTROL

O S C A R
C A S T R O Z.

A HORA UNA PAUSA NECESARIA, después del agitado caminar del sentimiento y del conocimiento por ciertas regiones difíciles y escabrosas de nuestra tierra. No va a ser, sin embargo, ese descanso provocado por el fragmento literario de fatua delectación. Lejos de esto, Oscar Castro Z. nos va a revelar los secretos de un alma infantil, que capitaliza alegrías y angustias, a fuerza de ciego y lírico instinto, sobrevolando con sus anhelos los primeros contrafuertes de la vida.

Descorrer los cortinajes que esconden la verdad de una existencia de niño, es tarea peligrosa para el novelista. No siempre esos cortinajes ya dominados ofrecen una visión clara, y es la intuición o el retorno a nues-



tras propias emociones lo que permite reconstruir y entramar lo que las tierras —azules para muchos, para muchos grises o negras— de la niñez dieron a luz en realidad humana.

Oscar Castro Z., poeta y novelista, parece dominar enteramente esa lírica cábala que da poderes para reconquistar el mundo perdido de los primeros años. “*Comarca del Jazmín*”, pequeña y simplísima novela, es una sucesión de emotivos cuadros por los que atraviesa la mágica maravilla de una realidad eterna. Historia en que la poesía es el hada, sorprende lo mismo por la humanidad que se alza de sus páginas como por el vigor de construcción novelesca que se evidencia en ella.

Los que han admirado al prosista Oscar Castro Z. en sus chilenísimos libros de cuentos y novelas cortas: “*Huellas en la Tierra*” (1940) y “*La Sombra de las Cumbres*” (1944), (1), cuyo contenido se caracteriza por un directo y a veces hasta cruel naturalismo, tal vez no entiendan el paso que el novelista da hacia una zona en que no todos los escritores consiguen actuar con desenvoltura. Será indispensable remitirse al recuerdo de sus obras poéticas tales como “*Camino en el Alba*” y “*Viaje del Alba a la Noche*” (2).

(1) Premios “Municipal” y “Atenea”, correspondientes al citado año, además de una significativa recomendación en el Concurso Literario del Cuarto Centenario de Santiago.

(2) Ha publicado también: “*Las Alas del Fénix*” (romance), Premio Segundo Centenario de Rancagua; “*Reconquista del Hombre*”, (poemas); y mantiene inéditas algunas obras como: “*Lina y su Sombra*”, “*Llampo de Sangre*” y “*La Vida, simplemente...*” (novelas), y algunos dramas.

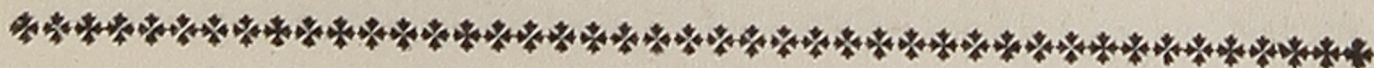




para entender las virtudes que Castro manifiesta dentro de un terreno difícil como instrumento de creación.

Con "Comarca del Jazmín" Oscar Castro Z., realiza, pues, una nueva etapa en su carrera literaria. Además, con esta breve novela suya, se confirman las integrales condiciones de escritor que ha revelado Castro. No siempre el poeta puede ser novelista, ni el novelista poeta. Como tampoco el lírico puede complementar su labor con la del dramaturgo. Generalmente el escritor se especializa en un género; y, más aún, se dedica, dentro de este género, a explotar temas, personajes y ambientes únicos o similares (1). Reconocer, entonces, los dominios de Oscar Castro Z., en el campo literario, no es poco. ... Con un tesón de trabajo que tampoco es el de todos nuestros escritores, con una perseverancia ejemplar que es también pasión artística, Castro cumple sus 35 años con una obra —la presente—, que, sin ser la culminación de su trayectoria, pasa a determinar el sentido de segura universalidad con que el escritor verifica su tarea. Criollista en mucho —"neocriollista", diría Alone—, constructor de cuentos y novelas que muchos pueden llamar psicológicos; imaginista, estilista que hizo de la simplicidad y de la ágil metáfora los instrumentos de expresión. Castro logra mediante "Comarca del Jazmín" hacer suyos los predios del pasado y de siempre con una emoción que es sueño, resplandor, trino y angustia. ... Sin ser la suya una novela para niños, nos recuerda un poco a Andersen. ... No es la infancia que nos describe una de aquellas infancias de mentirijillas que a menudo encontramos en los libros. La niñez que nos descubre vale

(1) El caso del **criollismo** chileno es evidente.



y encanta en la medida misma de su verosimilitud, de su realismo encubierto por el talento creador, que aquí no se solaza con malabarismos, más o menos, destinados a epatar al lector, sino que se concreta en vida pura y humanidad ingenua atisbando con su inquietud la luz de la lucha futura.

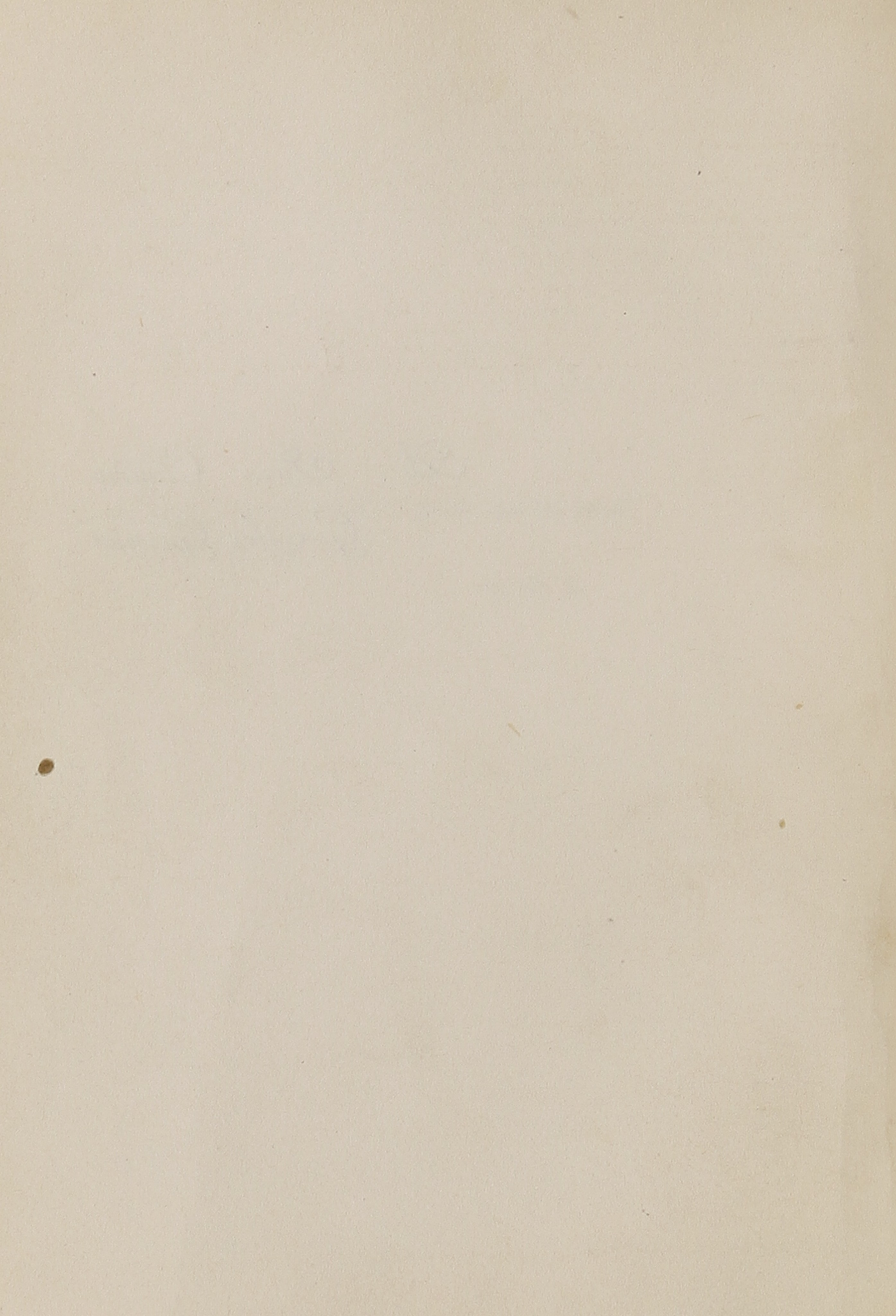
EDITORIAL CULTURA

Comarca del Jaxmin

El país de la infancia limita al norte con un ángel
y al sur con una rosa.

O. C. Z.

*A Juan Claudio
González Guzmán*



COMARCA DEL JAZMIN

1.— JUANITO DESCUBRE EL MUNDO

CORCHUELO, SI, COR-
chue-lo'', dice Juanito lentamente, haciendo jugar el pi-
caporte de su pieza. El picaporte es como un pequeño
animalito metálico y chirriante. Tirándole la colita ama-
rilla, el picaporte esconde la lengua, y luego, al soltarla
suena y asoma, fría, como si gustase un helado invisible.
Juanito ha estudiado mucho este juguete oscuro de la
puerta. Desearía sacarlo y ver qué tiene por dentro, des-
cubrir el maravilloso resorte que produce aquel sonido.
Se le figura que en el interior de esta cajita debe existir



un organismo inédito, muy distinto del que tenía su payaso músico, despanzurrado tres días atrás para resolver el problema de su funcionamiento.

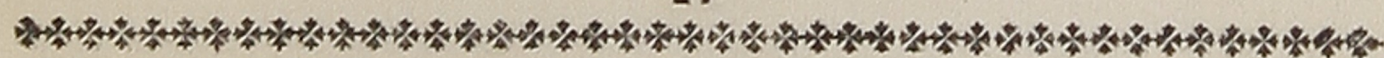
La primera sensación que tiene Juanito cada mañana, es el rumor del picaporte. Siempre despierta cuando la lengüeta metálica se esconde para que pueda girar la puerta. Entonces asoma la cabeza de su madre, y él cierra los ojos con rapidez. Los instantes que su madre tarda en recorrer el espacio que media entre la puerta y el lecho, son para él de dulce indecisión. Suenan sobre las tablas los pasos afelpados de sus babuchas caseras, y al fin está cerca de él, sobre él, su presencia caliente y amiga. En torno de su madre hay un aura tibia que le besa el rostro antes de que los labios cariñosos lleguen a tocarlo. Prefiere la suavidad de ese contacto invisible antes que la caricia misma. Por eso no levanta los párpados. Si cediera a la tentación, desaparecería el encanto y ya no conseguiría sentir esa zona que envuelve a su madre. Esto sucede cuando ya sus hermanos se han ido a la escuela, cuando por toda la casa transita el silencio en las patas de Cholo, el gato negro y peludo. Afuera se alarga el patio luminoso, manchado por las hojas del parrón. Más allá queda la cocina, país de humo y de oro. Y, al fondo, el huerto verde y profundo. El huerto llama cada mañana a Juanito. Soplan los tallos su flauta clara y fresca para encantarlos. Alzan las azucenas sus copas espesas de fragancia. Revuelan mariposas ama-

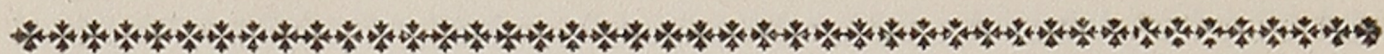




rillas, rojas, huidizas. Toronjil y cedrón, ruda y malva, romero y albahaca. Todo un mosaico de aromas que flotan, flotan, formando colores. Para Juanito, el perfume del romero es azul; el de la menta, celeste; verde-amarillo el del cedrón.

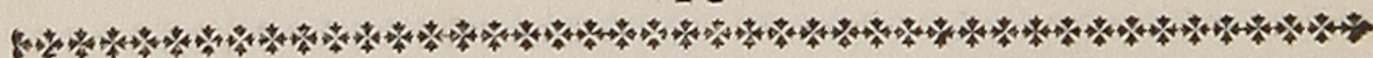
“Cor-chuelo-lo”, sigue diciendo Juanito a cada rumor de picaporte. Viene entonces la madre para advertirle que su taza de leche se enfría. Este llamado lo separa de su juguete, y diciendo por última vez “cor-chue-lo”, se dirige al comedor. Allí hay una taza humeante y un trozo de pan de oscura corteza. La leche es un mar blanco, espeso, tranquilo. El niño echa en él, para romper su monotonía, un pedacito de pan que flota un momento y se apega a los bordes de la taza. Junto a la primera, cae otra corteza tostada. Y ya la taza es un océano donde se libra un combate naval. Dos embarcaciones pelean. Una lleva una bandera de diez colores. La otra, un trapo oscuro. A Juanito le interesa que venza la primera. Por eso, levanta la cuchara y golpea suavemente el líquido. Se levantan ondas blancas y ambas embarcaciones se estremecen y chocan. Primer ataque. Ha sacado ventajas la bandera negra. Pero el capitán de la otra nave es inteligente y ordena una temeraria maniobra. Un segundo golpe de cuchara distancia más a los rivales. Un tercero los hace juntarse de nuevo. Esta vez va en ganancia la bandera multicolor. ¡Viva! El entusiasmo de Juanito no mide la po-





tencia del cuarto golpe y la leche le salpica la cara. El pequeño se irrita. Coge a los dos rivales en su cuchara y los engulle. Que sigan el combate en su interior. Y para que tengan agua de sobra, allá va un gran sorbo de leche.

Juanito sale al patio. Bajo la sombra del parrón, en su silla de paja, dormita, caída la barba blanca sobre el pecho, Baltasar, el abuelo. El niño pasa por frente a él en puntillas y atraviesa el huerto. En vano alarga sus manos el romero para detenerlo. En vano le manda mensajes el viento, impresos en fino papel de mariposas. Algo más intenso lo lleva, retenida la respiración, suavísimo el paso, hacia un punto que él bien conoce. Al final del huerto, apegado a una tapia con grandes grietas, hay un reino encantado que muy pocas veces ha podido explorar, por expresa prohibición del abuelo. Es un cuarto en que el anciano guarda sus tesoros. Hay allí grandes tarros, barricas desvencijadas, útiles de labranza, tiestos llenos de objetos imprevistos. Como en el cuento de Alí Babá, es necesario franquear una puerta que por fortuna está sin llave. "Sésamo, ábrete". Y las manos de Juanito se hunden, febriles, en el primer tiesto. Tropiezan sus dedos con heterogéneas cosas: hebillas de hierro, clavos de bronce de dorada cabeza, semillas de colores, láminas de metal, argollas y otras mil baratijas cuyo nombre desconoce nuestro explorador. Corcel apresurado, el corazón le late

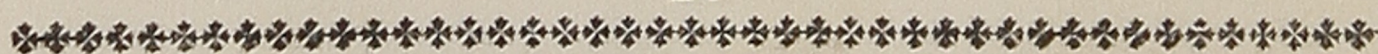


tumultuoso en el pecho. Aquellas cosas deben tener un incalculable valor. Si en ese momento viniera el gigante, no tendría el niño un mago bondadoso que lo hiciera desaparecer. Debería enfrentarse resueltamente a su destino y no se siente capaz. El gigante es su abuelo. El pequeño lo ha investido de terribles poderes. Con una sola inflexión de su voz, el gigante podría transformarlo en piedra. O en lagarto. Mejor en lagarto, porque las piedras no se mueven y son grises, frías. En cambio, los lagartos ¡qué rapidez tienen! ¡Y cuántos colores! Juanito conoce los lagartos. Los ha visto en las estampas de un libro grande que tiene su hermana, y también en el huerto, sobre las tejas. Es decir, no lagartos verdaderos: lagartijas más bien. Pero qué importa. Deben ser iguales. Claro. Después las lagartija crecen y se vuelven lagartos. También los gatos se convierten en tigres al hacerse más viejos. Por supuesto que debe pasar un tiempo largo: cien años cuando menos. Entonces se van a la selva y rugen. Rugen como un volcán. Y echan llamas por los ojos. Con estas llamas se alumbran el camino de noche. Cuando hay incendio en la montaña, es que los tigres están hambrientos y le han prendido fuego con los ojos.

Pero no es hora de divagaciones. Ahora Juanito tiene la obligación de examinar su tesoro antes que se despierte el gigante. Aquí hay un artefacto raro que clava como un puercoespín. Juanito lo saca con cuidado y

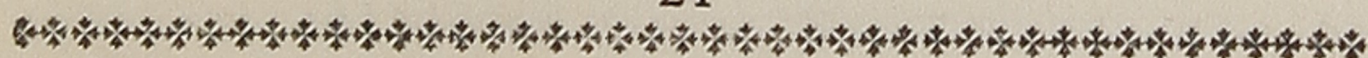


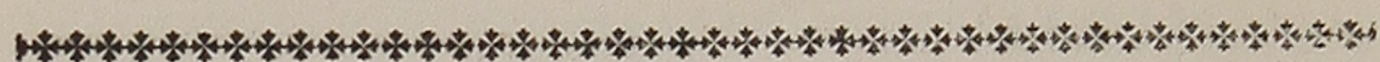
lo analiza, temeroso de que tenga vida propia. Es un objeto de metal amarillo con una especie de carretel erizado de púas. Junto a este carretel hay muchas laminillas delgaditas, algunas de las cuales están quebradas como los dientes de una peineta. Convencido de que aquello es inofensivo, Juanito lo da vueltas entre sus manos. ¿Para qué servirá? Se le ocurre que aquí deben moler el trigo en los molinos. Pero no. En el molino que él conoce hay unas piedras enormes, redondas, con un hoyo al centro. Ha visto dos en la puerta grande de afuera. Y en ellas le dijeron que se molía el trigo. Entonces aquello debe servir para otra cosa. Está dispuesto a dejarlo en su sitio, dándose por vencido, cuando sus dedos ^{hacen} girar el rodillo. Dos o tres notas agudas surgen de allí y se quedan vibrando en sus oídos. Repite la experiencia y el aparato deja oír otras notas más cálidas. Prosigue su juego, y ya son los compases de una música fina, desvaída, balbuceante. Siguen los dedos interminablemente y las notas se repiten, se alejan, vuelven, se posan como pájaros en el corazón de Juanito. El niño está deslumbrado. Aquello debe valer mucho. Por lo menos un millón de pesos. Pero él tiene que llevárselo, no puede dejarlo allí. Más tarde, el gigante cerrará con llave la puerta y ya no habrá manera de cogerlo. Juanito se entreabre la blusa y desliza el artefacto a ras de piel. Siente su frío contacto y el cuerpo se le engranuja por el lado izquierdo. La emo-



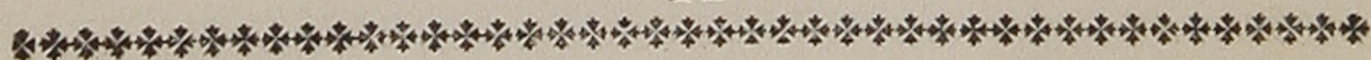


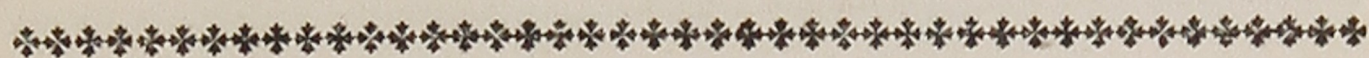
ción lo paraliza por algunos momentos. Aquella empresa es demasiado grande para él. Si lo sorprenden, tendrá que restituir su tesoro, y eso le resulta terrible. El trofeo le pertenece. Lo descubrió él. Los héroes de los cuentos nunca tuvieron escrúpulos de conciencia. Les bastaba dormir al dragón o vencer al gigante para que las piedras preciosas y las princesas les pertenecieran. Y él ha pasado frente al gigante dormido sin despertarlo. Tan estupenda empresa merece un premio: lo lleva consigo. Debe defenderlo con su propia sangre si es preciso. Inicia Juanito el retorno con mil precauciones, aunque tratando de conciliar éstas con su categoría de héroe. Abandona el cuarto y no vuelve la cabeza de inmediato hacia el lugar en que está su enemigo. Mira al suelo: allí encuentra la raíz de un duraznero. Suben sus ojos por el tallo, lentamente, estudiando sus rugosidades. Se detienen en una ramita, en un nudo, en un brote reciente. Cuando sus miradas han alcanzado suficiente altura, las hace resbalar de súbito hacia la silla del abuelo. Allí está Baltasar, en postura idéntica a la de antes. El niño se tranquiliza, echa una ojeada a su blusa, palpa el objeto que lleva debajo y comprueba que el bulto no es demasiado visible. Coge entonces una ramita caída en el suelo y avanza mirándola. Es una ramita seca y recta, suave al tacto. Esta será su vara de virtud. Con un signo de ella, conseguirá mantener el sueño del gigante todo lo que sea necesario.



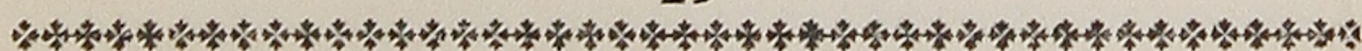


Avanza, avanza. Ya no median sino unos pasos entre él y su abuelo. Entonces alza la ramita y dice como para sí mismo: "Duerme, duerme". El abuelo da una cabezada que le derriba la testa blanca hacia la derecha. Entreabre los ojos cenicientos, sin ver el mundo, bajo la sombra de sus cejas espesas. Juanito se paraliza, la vara de virtud detenida en el aire. Su vida entera, en ese instante, es una vibración como de frágil cristal a punto de romperse. Pero el abuelo torna otra vez a su sueño con renovada placidez. Juanito mira la varilla con desconfianza y no vuelve a levantarla. Tiene demasiado poder y su choque podría matar al gigante. Ya está junto a él, frente a él. Oye su respiración acompasada y no puede apartar los ojos de aquella figura durmiente. Lo vigila con todos sus sentidos, seguro de que si dejara de mirarlo, el gigante se alzaría terrible y acusador ante él. En ese momento, el objeto se mueve bajo su blusa y le martiriza la piel del vientre. Es un cilicio cuya tortura trata de evitar hundiendo cuanto puede la barriga. Mas las púas tenaces prosiguen su tarea de vengadoras, y el niño debe hacer esfuerzos para no lanzar un gemido. Aquella primera experiencia dice a Juanito que todo lo bello se consigue con dolor. Sin embargo, él no podrá aprovechar la lección, pues aun es demasiado pequeño y la vida no ha tenido tiempo de endurecerlo. La trayectoria desde donde se halla su abuelo hasta su pieza es una tortura para Juanito. El





la soporta heroicamente. Salió herido del combate con el dragón. Todavía siente, viva, quemante, la sensación de su dentellada en el cuerpo. Pero aquí está la puerta. Inútilmente el picaporte estira y encoge su lengüecilla. El niño no la ve: algo más grande acapara todo su interés. Junto a la cama entreabre su blusa y aparece el tesoro intacto. Juanito tiene rasguñada la piel del vientre, pero se da por feliz de haber salvado de aquella aventura con tan escasas heridas. Se queda contemplando el misterioso rodillo y luego se asegura de que nadie vendrá a interrumpirlo. Su madre está en la cocina. El abuelo sigue durmiendo. Tiene por lo menos una hora de libertad absoluta. Una hora suya que el pianito maravilloso llenará de melodías encantadas. Lentamente primero, con mayor ligereza después, hace girar el rodillo. Cada plaquita metálica, al ser levantada por la púa respectiva, entrega su sonido clarísimo. Es como si lloviera música en gotas. El pianito canta, canta. Y el niño, embelesado, no se fatiga nunca de dar vueltas al rodillo. Tin, tin, tan, tin... Bailan todas las princesas de los cuentos, con largos vestidos hechos de pétalos y de estrellas. Tin, tin, tan, tin... Juanito recuerda la lluvia. Así cae sobre los árboles, sobre las casas, sobre el agua de las charcas. Tin, tin, tan tin... El Gato con Botas, y Caperucita, y Pulgarcito y Blanca Nieves danzan al compás del pequeño instrumento. Tin, tin, tan, tin... El dragón se ador-





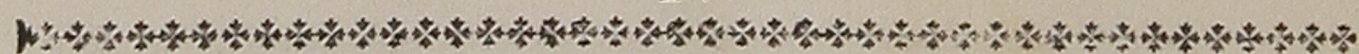
mece, llora el gigante, el ogro terrible deja de perseguir a los niños, para escuchar la melodía. Tin, tin, tantin... Viene Simbad el Marino, viene Alí Babá con sus cuarenta ladrones, acude Aladino a través del bosque haciendo bailar la sombra de los árboles con el azul reflejo de su lámpara maravillosa.

Tin, tin, tan, tin...

A Juanito le nace, lentamente, un alma musical y esplendorosa. Baila su corazón entre un huracán de mariposas, pedrerías y flores.

2.—EL HERMANO

A JUANITO LE ha preocupado siempre la puerta fría y vertical del espejo. Ese espejo, grande del ropero que hay en la pieza de su madre. El espejo prolonga más allá de la pared, en un espacio inexistente, la habitación. El mismo aparece viviendo al otro lado, en ese mundo de penumbra y fulgor. Es decir, él mismo no: alguien que se le parece y que usurpa su personalidad. Porque Juanito no puede haber más que uno en el mundo, como hay un solo Baltasar, su abuelo, y un solo Javier, su hermano. Por más que





el otro niño del reflejo haga sus mismos gestos y muecas, Juanito desconfía de él. Un día lo sorprenderá con algo imprevisto, dejándolo en ridículo. Mientras tanto, se entretiene en charlar con aquel doble suyo.

—Tú también te llamas Juanito, ¿no?

—Tú lo has dicho: me llamo Juanito.

—Y haces todo lo que yo hago, como si tu ocupación única fuera adivinar mis movimientos.

—Exactamente. Y tú nunca podrás sorprenderme, porque conozco todo lo que piensas.

—Entonces no eres más que un mono.

—Eso es lo que te imaginas tú.

El movimiento de los labios del otro coincide siempre con el de los suyos. Pero dicen cosas distintas. Y se comprenden sin dificultad.

—Tú no puedes hacer una cosa que yo hago.

—A ver qué cosa tan difícil ha de ser ésa.

—No puedes gritar.

—¿Cómo que no?

—No. ¡Aaaah! . . . ¡Uuuuuh!

— . . .

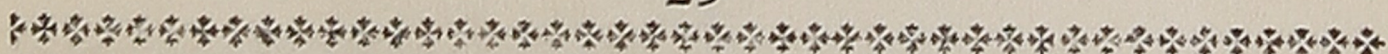
—¿Ves? Mi voz la escuchan todos. La tuya no suena.

—Si estuvieras a este lado del espejo, me oirías.

—Eres estúpido.

—Y tú, tonto.

—Un día te romperé las narices.





—No te atreves; te pegarían.

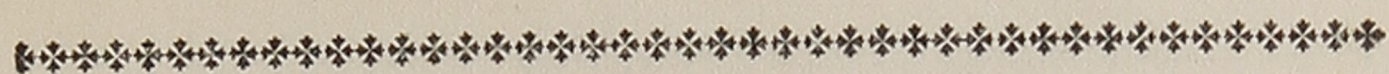
—Ya verás.

—No puedes.

Juanito sabe que no puede y da vuelta la espalda. Presiente que su enemigo lo está observando. Tiene la clara impresión de sus pupilas fijas en su nuca. Torna la cabeza con rapidez y encuentra la cara del otro. Juanito saca la lengua. El enemigo saca la lengua. Juanito abre la puerta y sale. Su enemigo se habrá quedado por ahí, fuera del alcance de su mirada, para aparecer apenas él entre. Conoce ya todas sus tretas y no desconfía de encontrarlo dormido un día. Porque aquel estúpido también debe dormir. Será divertido verlo llegar con retraso, frotándose los ojos, avergonzado. Hasta ahora no ha tenido una sola falla. Pero ya la tendrá, ya la tendrá.

Ahora el niño cruza el pasadizo que desemboca en la calle. Es un pasadizo penumbroso y fresco, adonde vienen a dar todos los aromas del huerto. Cuando se abre la puerta de calle, los ojos sienten como una herida luminosa. Es que la casa de enfrente está pintada de blanco y reverbera con el sol. En aquella casa vive Toño, que fué su amigo. Hace tiempo, jugaba con él en la tierra de la calle. Pero un día la madre de Juanito puso repentino término a tales esparcimientos. “Tú no debes juntarte con ese chiquillo”. “¿Por qué, mamita?” “Porque su madre es una perdida”. Una per-

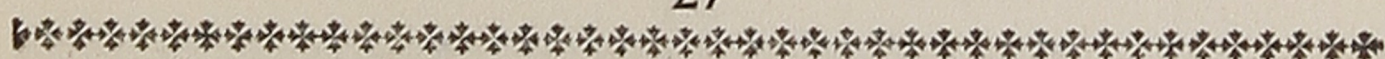


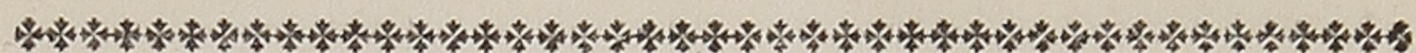


dida. Aquella palabra debe significar algo terrible y asqueroso a juzgar por el tono con que fué pronunciada. Pasó muchos días escuchando las conversaciones de sus mayores para ver si de ellas surgía la explicación anhelada. Nunca pudo conseguirlo. Cierta mañana, tras haber bebido su taza de leche, Juanito se ubicó en el observatorio de la ventana para ver el desfile de las gentes y de sus propias cavilaciones. Ante él quedaba otra ventana: la de la casa fronteriza. Por allí pudo ver a la madre de Toño que reía como una muchacha escapando de alguien que la perseguía por el cuarto. En los contrastes de luz y sombra de la pieza, Juanito divisaba a trechos unos brazos desnudos, morenos, carnosos. Luego, el brillar de unos dientes blancos. El aleteo de una mano que se crispaba sobre una cabeza. El revolar de unos cabellos. Y las carreras y las risas. Al hombre no podía distinguirlo bien porque casi siempre le daba la espalda. Al fin el juego pareció cesar y la ventana cerró sus postigos.

Juanito, turbado, confuso, elucubraba conjeturas. Quince minutos después, el hombre salió a la calle. El niño ahogó un grito. El hombre era Javier, su hermano mayor.

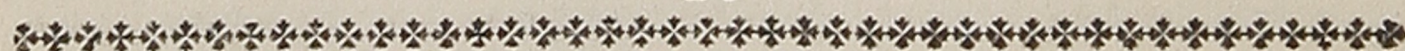
De aquello hace muchos días. Meses, años tal vez. En la pieza de la madre hay un retrato de Javier. Es todo lo que de él queda en la casa. La madre dice que se fué. Lejos, al norte. Bien puede ser. Pero ¿y si

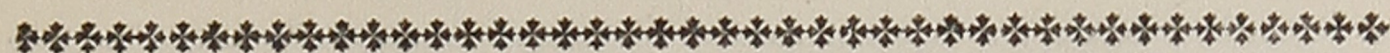




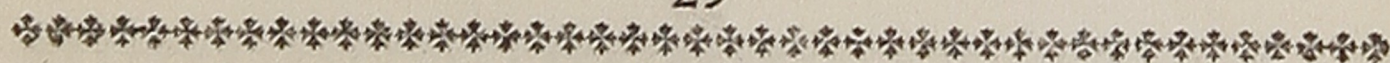
la madre de Toño lo hubiera asesinado? Juanito comenzó a odiar a la vecina desde aquella mañana. Es una perdida. Tiene los ojos negros y grandes, rosadas las mejillas, el cabello castaño, la nariz levemente respingada. Pero de noche debe convertirse en una bruja. Su madre tiene razón. Es una perdida. "Mamá, ¿no habrá matado a Javier la madre de Toño?" "No hijo: te dije que Javier estaba en el norte. Se fué a trabajar para mandarnos plata". "¿Estás bien segura?" "Ayer escribió desde Tocopilla. Aquí está la carta. Te manda un abrazo". "¡Ah!" Y tras una pausa: "¿Queda muy lejos el norte?" "Muy lejos". "¿Más que el cerro de allí?". "Más lejos". "¡Ah!".

Juanito sale de la cocina rumiando aquellas palabras de su madre. Cuando él sea grande, se irá también. Más allá del norte. A un país en donde haya tesoros, minas y princesas. Retornará, ya crecido, a la vieja casa. Su madre no lo reconocerá. "Soy yo, madre: Juanito". Ella se pondrá a llorar de ternura. "Qué grande estás, Juanito, y qué buenmozo". El, entonces, irá sacando sus tesoros: joyas, telas recamadas de oro y plata, vasos dorados, monedas de extraños países. "Soy rico, madre. Te compraré un palacio para que vivamos". Será un palacio grande, con dos torres puntiagudas y muchas ventanas. Un palacio como el que decora la portada del libro de cuentos que le trajo su tía Julia de regalo. Tía Julia es joven, morena, risueña,





huele bien. Si Juanito fuera mayor, se casaría con tía Julia. Le gusta que ella le cuente historias. ¡Es tan dulce su voz, tan acariciante su mirada! Tía Julia le enseñó a leer en un silabario que tiene un loro y un ojo inmóvil y un perro con una cesta en el hocico. Pero Juanito, a pesar de todo, quiere más a su hermano Javier. Este se le aparece como un héroe deslumbrante. Cuando el hermano, tras unos meses de ausencia, retorna al hogar, Juanito abre los ojos y la boca para escucharlo. El vagabundo habla de sus andanzas, de sus aventuras, de sus estrecheces económicas. Todo subrayado con gestos aparatosos que tienen la virtud de crear un ambiente propicio al sueño y la fantasía. Javier debe haber luchado con dragones de verdad, aunque no lo diga por modestia. El niño quisiera ser su lugarteniente, su camarada de aventuras. Desea emprender algo inaudito que lo acerque al prestigio del otro. A veces ha procurado hablar de hombre a hombre con su hermano. Pero el otro ríe y se queda pensativo. Después, cuando menos lo piensa Juanito, Javier desaparece. El infante siente su silencio por toda la casa y nota que todo es más triste, más huérfano y opaco. Así, hasta que un día amanece el sol de la voz amada. Javier está en el patio, acariciando a Otelo, el perro juguetón y lanudo. Javier está en el huerto, cavando la tierra. Javier está pensativo, al borde ya de la despedida, soñando con distantes ciudades que lo lla-





man Cuando Javier se pone así, quieto, silencioso, el pequeño procura alejar los fantasmas. Habla al hermano, pero éste le responde apenas. El se desespera, desea llorar, gritarle: "¡Javier, Javier, no te vayas!". Una vez, una sola vez el andariego pareció percibir este llamamiento desesperado. Estaban ambos en la puerta de calle. Entraba la tarde con su cargamento de sedas y aromas. La calle pobre se alargaba, tortuosa, hacia el horizonte. Allá, muy distante, surgían amplios potreros, procesiones de álamos dorados por el otoño, sauces de triste actitud. Y más allá, violetas sobre un cielo malva, las montañas de sinuoso perfil. Javier parecía escuchar una lejana música. Sus ojos iban como golondrinas rozando las cosas. Juanito suspendió sus juegos, al borde de un presentimiento. Allí, entre las piedras de la acera, quedáronse inmóviles las dos bolitas de cristal que hacía rodar su mano. Dos gotas de agua transparente con estrías azules, verdes, amarillas. El pensativo bajó las pupilas y encontró la indecisión del pequeño. "¿Andemos, Juanito?" "Andemos, Javier". Caminaron hasta donde el pueblo abría los brazos para recibir la invasión verde y dorada del campo. Frente al camino lleno de soledad permanecieron ambos en silencio, navegantes de un quieto y fresco mar. Afloraban temblorosas estrellas desnudas. Cantaban los grillos. A lo lejos, el trémulo arrastrarse del río. Retornaron después lentamente. Juanito, turbado de manera extra-



ña, procuraba decir cosas sensatas. El hermano le acariciaba la cabellera revuelta. Nunca el niño se sintió más torpe ni más inútil que en ese anochecer. Hubiera querido confesar a su hermano cuánto lo amaba. Hubiera querido decirle que él comprendía... Pero algo se lo vedaba. Algo le ponía palabras tontas en la boca. Juanito veía con terror aproximarse la casa. Si no conseguía expresar algo conmovedor en ese trecho, el hermano se iría sin remedio al día siguiente. El lo sabía. Estaba seguro. Estaba seguro. A cada nuevo paso que daban, el desconsuelo del niño era mayor. "Javier..." "¿Qué hay, Juanito?" "Ya vamos a llegar". "Claro; ahí está la casa". Era inútil, inútil. El pequeño, resistiendo la invasión poderosa del llanto, cruzó el corredor, atravesó el patio, pasó por el cuarto en donde sus hermanas hacían las tareas. Sin mirarlas, penetró a su pieza. Nadie comprendía. Estaba condenado a sufrir por todos. Allí se veía su cama, lisa, blanca. Hundió la cara en las almohadas y un sollozo terrible derribó toda su heroica resistencia. Lloraba, lloraba como si todos los suyos hubieran muerto. Lloraba con igual desconsuelo que cuando le rompieron su flauta de colores. Lloraba como si en medio de una fiesta lo hubieran mandado a la cama. En la pieza contigua, Olga, su hermana, estudiaba:

—Yo voy soñando caminos
de la tarde. ¡Las colinas
doradas, lo verdes pinos...

Su voz monótona iba cayendo con suavidad de
mano piadosa sobre el desconsuelo de Juanito.

...meditando. Suena el viento
en los álamos del río...

El niño entraba en el umbral del sueño. Allí apa-
recía otro mundo. Un mundo azul, hecho de move-
dizas escamas. Más allá, praderas, montañas, barcos ale-
jándose. A veces, la voz de Javier, cada vez más dis-
tante:

—... oscurece... camino... añir....

El pequeño se calzaba sus botas de siete leguas
para marcharse también. "Javier. Javier". Fueron sus
últimas palabras antes de caer vencido. Después, las
aguas quietas del silencio. Los cañaverales del silencio.
Un país de bruma y olvido.

Al día siguiente, la casa estaba huérfana, sin la voz
de Javier acariciándola.

3.—ESCARAMUZA MILITAR

—MAMA...

—¿Qué quieres, Juanito?

—¿Dónde está mi papá? ¿Por qué no viene nunca a verme?

—Te he dicho que a esta hora no me molestes, Juanito. Estoy muy ocupada. Mira, son cerca de las once y el almuerzo está todavía sin hacer. Después llegan tus hermanas y empiezan todos los apuros. Anda al patio a jugar.

El niño sale, cabizbajo. Comprende obscuramente que algo le oculta su madre. Siempre pretexta cosas urgentes cuando él trata de esclarecer tan delicado punto. ¿Es que acaso Juanito no tendrá papá? Pero todos los niños lo tienen. El padre de Toño es un hombrecillo delgado, viejo, insignificante. Alfonso y Roberto son hijos del despachero de la esquina. ¿Podrá uno nacer sin papá? Es posible, muy posible. Las lagartijas del huerto nacen solas: un día se encuentran palpitando sobre las tejas, surgidas sin saber de dónde. También existen las golondrinas y los gorriones. Las golondrinas se forman de viento. Y los gorriones nacen de un ramo de cascabeles. Pero esos son pájaros. Y él es Juanito. Bueno, no importa. El es hijo de un

príncipe que ahora anda por tierras lejanas, dirigiendo sus ejércitos. Marcha delante de todos, con una bandera azul y verde que colea como un pez en el viento. El príncipe ha conquistado ya muchos reinos. Cuando termine de combatir retornará a buscarlo. Se llevará también a su madre y vivirán en un palacio con grandes alfombras y arañas de cristal en el techo. A Juanito le permitirán trepar al trono —su padre debe tener un trono hecho de diamantes— y allí se pondrá una corona chiquita y azul como un lirio. Su madre está obligada a guardar silencio acerca de todo esto. Piensan darle una gran sorpresa. Pero no lo hallarán desprevenido, ¡vaya que no! Sin embargo, él fingirá un asombro enorme, nada más que por complacer a su madre. Juanito sabe muchas cosas. Finge, por ejemplo, no darse cuenta de que es su madre la que coloca los regalos en sus zapatitos la noche de Pascua. Y él la ha visto, aparentando dormir. Se ríe al recordar aquella vez que se levantó para revisar los regalos. Había una corneta amarilla con un cordón tricolor. El la hizo tocar, despacito, en la soledad de su pieza. Y nadie se dió cuenta. Toda esa noche durmió sobresaltado, espionando la llegada del alba. ¡Qué larga, qué larga fué aquella noche! Cuando ya cantaban las diucas, él se durmió. Y vino a despertar muy tarde, cuando el sol invadía el mundo. Pero ¿en qué estaba pensando? ¡Ah, su padre! Su padre es navegante. Salió cierta vez de su patria en un

barco enorme, con velas rojas. Su padre tenía una espada de oro al cinto. Estaba de pie en la cubierta, mirando el océano inmenso que se alargaba claro hasta el fin. El, Juanito, iba oculto entre unas cajas de conserva y sólo vino a salir a cubierta cuando el barco estaba en alta mar. Su padre se enojó mucho, pero tuvo que llevarlo. En el primer puerto lo dejó al cuidado de su madre: "Espérame. Volveré a buscarte". El estaba muy chico, muy chico. Sabía apenas caminar. Su madre cree que lo ha olvidado. Pero se engaña. Cuando el navegante retorne, lo conocerá de inmediato. ¡Vaya si lo conocerá!

—¿Verdad, Otelo, que lo conoceré?

El perro mueve la cola:

—Lo conocerás, Juanito.

—Mira, Otelo, mi padre es muy rico. Trabaja en unas minas de diamante. El coge un azadón y cava en el suelo. Entonces comienzan a salir anillos, collares, prendedores. Pero como es muy rico, bota los más feos y sólo guarda lo que tiene gran valor.

—Sí, Juanito. Yo también lo sé.

—¡Pero tú no conoces a mi padre, mentiroso!

—Es verdad, Juanito: no lo conozco.

—Entonces, ¿por qué mientes?

—Es que como tú lo dices, tiene que ser así.

—¡Ah! Entonces te perdono.

Juanito estaba dispuesto a castigar el descaro de

Otelo. Pero, en vista de su humildad, resuelve perdonarlo. ¡Es tan bello perdonar!

—Pero si vuelves a faltarme el respeto, te pondré de cara a la pared y te daré cinco tiros por la espalda.

—Está bien, Juanito.

—Capitán Juanito.

—Capitán Juanito.

—Así me gusta. Debes aprender a respetar a tus superiores. Tú eres un simple soldado.

—Sí, mi capitán.

—A ver, vámonos de exploración. Al frente de nosotros hay un bosque, soldado Otelo. ¿Ves enemigos?

—...

—¿Cuatrocientos, dices? Pues los destruiremos a todos. ¡Cuerpo a tierra!

La estrategia de Juanito pertenece a la más alta escuela. Avanza con el vientre pegado a la hierba, y el soldado Otelo, que ha comprendido, permanece inmóvil. El capitán entreabre con cuidado las ramas del romero y observa. En el huerto hay unas cuantas gallinas escarbando. Juanito coge un cañón viejo de agua potable y lo emplaza entre la ramazón de un arbusto. El enemigo, ignorante de la maniobra, continúa cavando trincheras.

—¡Fuego!

El cañón vomita proyectiles por docenas, por cen-



tenares. Diez, veinte, trescientos muertos. ¡Viva el capitán Juanito! Pero una columna enemiga se ha dado cuenta. Su comandante, un gallo de roja barbilla y espolones enhiestos, levanta la cabeza, alarmado. Tiembla su erguida cresta y mira alternativamente con uno y otro ojo hacia el sitio en que se oculta el agresor. Los proyectiles se le han agotado al capitán Juanito. No hay tiempo que perder.

—¡Soldado Otelo, a la carga!

Se levanta como un relámpago y acomete a los indefensos bípedos.

—¡Por la izquierda, soldado Otelo! ¡Córtales la retirada!

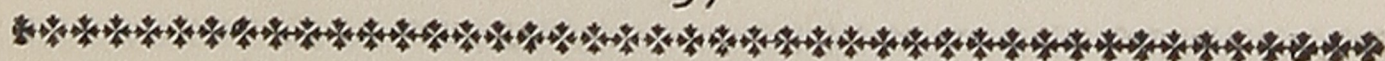
El ayudante, lleno de disciplina y coraje, arremete. Cacareo general. Vuelos enloquecidos. Plumas que salpican el aire.

Juanito, en alto un trozo de escoba *vieja*, tira estocadas certeras. El barullo es enloquecedor. Sobre la tierra del huerto llueven hojas y pétalos. Claveles decapitados echan su rojo pregón al sol. Otelo, enceguecido, deshace las columnas contrarias con ladridos que parecen disparos.

De pronto, la voz de la madre, dominando todo aquel heroico tumulto, viene a proclamar un solemne armisticio.

—¡¡Juanito!!

Detenido en su avance formidable, el héroe se in-



moviliza, en alto su espada, tal si un proyectil lo hubiera alcanzado por la espalda.

—Juanito, por Dios. ¿Nunca dejarás tranquila a tu pobre madre? ¡Qué malo, qué perverso eres, Juanito!

Los ojos de la buena señora recorren con desolación infinita el campo de batalla. Allí hay unos jazmines pisoteados. Más allá, unos rosales que recién brotaban yacen abatidos contra la tierra blanda. Una gallina negra cacarea ridículamente, lamentando su cola que decora el hocico de Otelo.

—¿Por qué habré tenido yo un hijo así, Dios mío? . . . Yo debía castigarte, Juanito. Eres malvado. No le tienes compasión a nadie.

El capitán ha dejado caer su espada. Se doblega dócilmente porque le habla un superior jerárquico. Ha cometido un error de táctica y debe pagarlo. Tal vez lo fusilarán junto con su ayudante. Pero la madre se contenta con mandarlo a su pieza.

—¡Y no te muevas de allí, porque entonces te daré unos azotes!

Abatida la cabeza, Juanito abandona el escenario de la sangrienta refriega. Las gallinas lo despiden con un cacareo rítmico y clamoroso. Otelo trata de escabullirse, pero la señora le atiza un golpe formidable con la espada que Juanito abandonara en el suelo. El ayudante escapa aullando de manera completamente antimilitar. Juanito promete encerrarlo en el calabozo



por tres días, en castigo por su indisciplina. ¡Ni siquiera le pidió permiso para romper filas! El no. El sabrá afrontar su destino. Juanito, te han castigado; pero venciste en la batalla. El enemigo está completamente deshecho. Trescientos muertos y numerosos heridos. Mereces una condecoración. Levanta la frente y camina hacia tu calabozo. Ya vendrán a buscarte después, para colocar en tu pecho la cruz de los héroes. Vendrán con una banda militar y con un coche tirado por ocho caballos blancos. Tu padre será el que te ponga la condecoración, delante de todos los regimientos formados. Te apretará contra su pecho, diciendo: "Tengo un hijo valiente como yo". Y tú le contarás la aventura con todos sus pormenores. Dos mil muertos y quinientos heridos. Yo sólo, papá, porque el soldado Otelo es un cobarde. Es decir, no... Tal vez hay que disculpar al soldado Otelo. Tuvo miedo al ver herido a su capitán. Pero contribuyó a la hazaña. Tal vez impidió la retirada del ejército contrario. Quizás hirió a más de uno. Juanito no pudo verlo porque estaba rodeado de enemigos que lo hostigaban con sus bayonetas. Conseguirá con su padre que le den una cruz chiquita para ponerla en el collar. Pero, de todas maneras, irá por tres días al calabozo. ¡Pobre Otelo! Pero no lo compadezcas, Juanito. Marcha hacia la prisión.

—Un, dos. Un, dos. Un, dos.



4.—EL JILGUERO

ALBERTO, EL PAJARERO, vive en la media cuadra. Es un hombre de unos treinta y cinco años, moreno, silencioso, de ojos inteligentes. Ocupa dos piezas, una de las cuales ha sido arreglada para los menesteres de la industria. En el barrio dicen que su mujer murió a los dos años de haberse casado y que desde entonces vive solo. Pero a Juanito no le interesan en absoluto estos detalles de la vida de Alberto. Para él, Alberto es un hombre melodioso que sabe hablar de bellas cosas, a menudo incomprensibles. Por eso el niño aprovecha cualquiera ocasión para llegarse hasta la casa del pajarero. El hombre está siempre ante un pequeño banco lleno de listoncitos, alambres, menudos clavos, martillos, sierras y virutas. Adentro, en el corredor que da al patio, se siente una algarabía de trinos, plídos y aleteos contra los barrotes de las jaulas.

—¿De dónde saca tantos pájaros, maestro Alberto?

(Todos, en el barrio, le dicen maestro Alberto, y Juanito lo trata de igual modo aunque le choque un tanto).

—Del campo. Salgo muy de alba con mis jaulas de torno y mis varillas de liga. ¿Ves? El jilguero o el



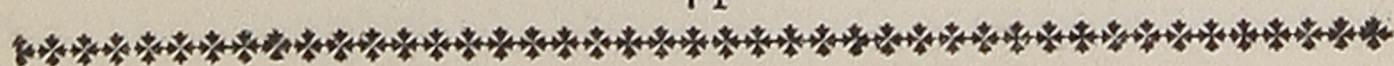
zorzal pisan aquí, y entonces esto se da vuelta y el pájaro cae adentro.

Mientras habla, el hombre prosigue la construcción de una gran jaula que Juanito compara, por su forma, con un castillo. Amontonadas en un rincón, hay otras jaulas más, de diversos tamaños, cada una pintada de distinto color. Adentro tienen bebederos, comederos y palitos muy pulidos para comodidad de los alados huéspedes que vendrán a vivir allí.

—¿Para quién son estos pájaros y estas jaulas?

—Para los ricos, Juanito. Ellos los compran y los ponen en sus casas, porque les gusta sentir por la mañana el canto de los pájaros.

Juanito no se atreve a preguntar el precio. El, naturalmente, desearía tener un jilguero pintado dentro de su casita de alambres. Se levantaría cada mañana, antes que nadie, para oírlo cantar. Le pondría agua y alpiste, como ha visto hacer al maestro Alberto. Y de vez en cuando sacaría al bullicioso prisionero para sentir en sus manos la seda de sus plumas amarillas y negras. Sin embargo, para Juanito, está vedado todo aquello que más ama. Esto sucede, claro está, porque él es pequeño. Cuando sea como maestro Alberto, se hará pajarero. Tendrá una piececita blanca para él sólo y allí construirá jaulas de la mañana a la noche. Todas las paredes estarán llenas de jaulas con jilgueros, canarios, diucas y zorzales. Porque —y éste es un secre-



to— él no venderá sus pájaros. Los irá dejando junto a él hasta que llenen la casa y no haya un solo rincón donde ponerlos. ¡Cómo será de hermosa su vida entre tantos trinos! Juanito trabajará cantando, como quien navega en un río musical y puro. Y cada prisionero tendrá su nombre inconfundible. “Celestial” “Rocío”, “Clarísimo”, “Gandul”. (Todos estos nombres son palabras escuchadas por ahí al azar y su significado es puramente melódico para el niño).

—Juanito, ¿tú quisieras tener un jilguero?

El pequeño levanta sus ojos maravillados hacia el maestro Alberto y tiembla como al borde de algo largamente esperado. No obstante, sólo sabe balbucear:

—Sí... sí...

Hay un momento de silencio. Juanito quisiera explicar todo lo que significa para él la posesión de un jilguero. Pero toda su actividad expresiva reside únicamente en sus pupilas y en sus manos. Las palabras giran dentro de su pecho, en su garganta, en su sangre. Y vuelve a repetir ansiosamente:

—Sí... sí...

Alberto, entonces, se incorpora. Camina hacia el corredor y retorna después con una pequeña jaula azul en cuyo interior revuela un jilguero negro y amarillo, deslumbrante.

—Este es para ti.

—¿Para... mí?

—Sí, Juanito.

El niño no sabe nada, nada más. Como poseído de una fiebre deslumbradora, camina, corre, huye por la acera mal empedrada y penetra sin aliento en su casa, apretando contra el pecho el inesperado presente. “Un jilguero, un jilguero mío”, va repitiendo a cada paso. Y se encuentra de pronto frente a su madre que lo mira con gesto de acusación.

—¿Qué es eso, Juanito?

—Un jilguero, mamá... Es mío...

—¿Tuyo?

—Sí. Me lo dió... me lo acaba de dar el maestro Alberto.

Y ya está, presuroso, llenando de agua el bebedero y buscando un lugar conveniente para ubicar su tesoro. “Aquí no, porque quedará muy lejos de mi cuarto”. “Aquí lo podrían botar los que pasaran”.

—Mamá, ¿dónde hay alpiste?

—Aquí no, Juanito. Lo venden en los almacenes.

El niño, detenido en su actividad febril, se queda con la jaula en alto, a punto de ponerla en una rama del parrón, y torna la cabeza. Un enorme temor, una creciente angustia lo han paralizado.

—¿Y... hay que comprarlo?

—Claro. ¿O crees que te lo van a regalar?



—Mamá, tienes que prestarme dinero. Cuando yo sea grande te lo devolveré.

La señora sonríe. Se allega al hijo y sin dejar de mondar una papa observa al pajarillo.

—Es macho — dictamina.

Juanito frunce las cejas, extrañado ante la ignorancia de su madre.

—No, mamita: es jilguero.

Ella se ríe entonces francamente.

—Sí. Pero entre los jilgueros hay machos y hembras, como entre nosotros hay hombres y mujeres. Los machos son más cantores.

—¡Ah!

Pero a Juanito no le gusta que su jilguero sea "macho". Es feo llamarlo así. El nunca le dará ese nombre y procurará que otros tampoco lo hagan.

—Cuando lleguen los niños del colegio mandaré a comprar semilla de cáñamo. Es más barata que el alpiste.

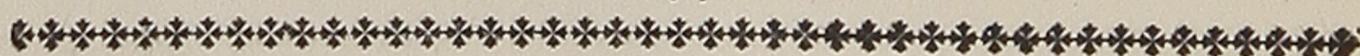
—Pero, ¿no le hará mal?

—No. Yo he criado muchos jilgueros.

—¿Y cuánto falta para que vuelvan las chiquillas?

—Una hora y media.

Una hora y media. ¡Cuánto tiempo! No. El tiene que hacer algo antes.





—Mamita, ¿y no se morirá de hambre? ¡Yo no quiero que se muera!

—No, tonto. Si todavía le queda un poco de alpiste. Claro que tú se lo has botado al traerlo corriendo.

Durante todo el día, Juanito va de aquí para allá con su pajarito. Le gusta verlo tan movedizo y tan brillante. Tiene los ojos como granitos de maqui. El negro de las alas es como de terciopelo y el amarillo como de naranja lavada. Y canta como si fuera a desahacerse en trinos. Otras veces se zambulle y aletea en el bebedero. Entonces Juanito, temiendo que se ahogue, golpea los barrotes de la jaula para hacerlo salir del baño. La madre, disgustada de tanto ajetreo, ha concluido por colocar la jaula fuera del alcance del rapaz. La ha puesto en un ciruelo del huerto, y el niño, tendido entre el pasto, sigue cuidando el pajarillo.

Y así transcurre el día.

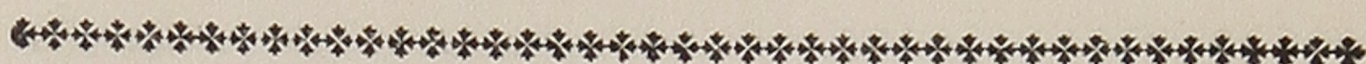
Al anochecer, la madre ha puesto la jaula en el corredor, junto a la pieza de Juanito. Mientras el pequeño se acuesta, su oído está pendiente de lo que ocurre afuera.

—¿Por qué no canta el jilguero, mamita? ¿Se habrá muerto?

—No, hijo, no. Está durmiendo. También él tiene que dormir como tú.

—Claro.





Y, de pronto, golpeándose la frente:

—Mamita . . .

—¿Qué, niño?

—¡No le hicimos cama!

—¿A quién?

—Al jilguero.

—No necesita. Duerme parado en un palito de la jaula.

—¿Y no se caerá al bebedero cuando esté dormido?

—¡Qué tonto eres! ¿Has visto tú que algún pájaro se haya caído de los árboles cuando está durmiendo?

—No.

—Entonces no hay por qué tener miedo. Hasta mañana, Juanito.

—Hasta mañana, mamá.

Cierra los ojos y los abre apenas ha salido su madre. El cuarto se llena de pájaros que se posan en los cuadros, en las perillas del catre, en el clavo que sostiene el calendario. Los pájaros salen de los libros, cantan al borde de su velador. El niño se cansa de perseguirlos con los ojos y con la mente. Entonces los pájaros escapan por el techo. Son estrellas, estrellitas parpadeantes en el gran árbol del cielo. Juanito se va también detrás de los pájaros. Le han crecido dos alas amarillas y negras. Cruza por encima del mundo, sostenido





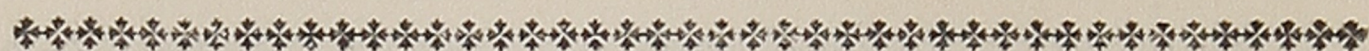
por ellas, y canta sobre las ramas floridas. Luego, las alas se deshacen en polvo. El mismo se disgrega. Y es sólo un niño que atraviesa por el país sin sonido ni color en que habitan los ángeles.



Y TRAS UN tiempo que, para Juanito, está fuera del tiempo, viene el alba. Primero es un gris apenas perceptible que delinea con trazo inseguro los perfiles de la cordillera. En seguida se presiente el primer reflejo del sol, todavía sumergido. Después, un viento de filo agudo se lleva las últimas sombras y sopla el lucero para avivar su fuego puro. Y ya los montes son de violeta mojada y las cosas de substancia casi divina.

En el huerto de Juanito despliega su rosado velamen el almendro. Despiertan, soñolientos, los primeros lirios azules. La luz anda pisando el color de las rosas. Es primavera, una temprana primavera de cristales y aguas. El jilguero despierta y mira el huerto. Entonces le amanece el corazón y surgen de su garganta limonera los más puros arpegios. El jilguero cuenta el mundo en su lenguaje de maravilla. Trina el jilguero en su idioma que sólo las flores y los niños comprenden. Para traducirlo, sería preciso retornar a la infancia del sueño.

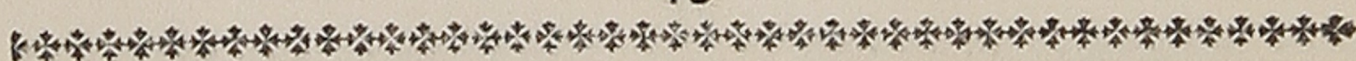




Juanito ha venido a encontrar al jilguero desde su mundo sumergido y azul. Alza las manos y pulsa el arpa invisible del trino. La melodía del jilguero se le enrolla en el alma que gira como un trompo lanzado por las manos de Dios.

5.—EL VOLANTIN

LA PRIMAVERA ES PARA Juanito el más embrujado país. He aquí que florecen los aromos y sus arañitas amarillas tejen una encantada y diáfana red en el aire. Más allá los almendros escriben mensajes rosados. Y el viento, el viento largo, fresco, río puro en el cielo. Desde las casas vecinas han salido a piruetear los primeros volantes. Verdes, azules, morados, amarillos, levantan sus banderas crepitantes e incendian de alegría el espacio. Saltan los ojos del niño por estos movibles peldaños y van por el azul ilustrándose de claridades y de vuelos. A Juanito le gusta el revoloteo incesante de estas encadenadas mariposas que habitan en un melodioso e inalcanzable clima. Cada crujido de la seda tensa, cada evolución de las livianas armazones de caña y papel dejan anchas estelas en su espíritu. ¿Quién sostendrá los volantes en lo alto? ¿Quién los hará ascender, inclinarse, des-





cribir sueltas curvas? Sencillo y fácil misterio que la mente del pequeño no sabe descifrar. Misterio que él quisiera conocer de cerca, sintiendo entre sus dedos el hilo tenso que va hasta los tirantes vibradores. Pero él no tiene hilo ni dinero. Es muy pequeño para poseer uno de aquellos embrujados juguetes.

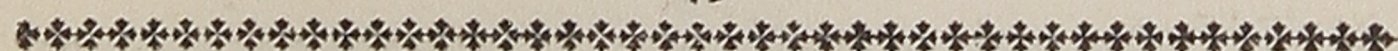
—Cuando yo sea grande...

(Sí, Juanito, cuando tú seas grande no tendrás tiempo de mirar el cielo donde piruetean los volantines. Tu mundo estará aquí abajo, sobre la tierra que pisan tus pies sin sentirla. Pero es mejor que lo ignores entretanto. Sigue pensando que tendrás un millón de volantines y que los hilos partirán de tus manos hasta donde los ojos no alcanzan).

Sin embargo, un día se produjo lo inesperado. Al despertar Juanito, la voz de Javier estaba en el patio, gárrula y jocunda como el crecer de un surtidor. Y Javier sostenía entre las manos un volantín de cuatro colores y un carrete de hilo que deslumbraba de blanco.

—Juanito, vamos a encumbrar...

Juanito sintió miedo, miedo de que aquel volantín tan hermoso pudiera enredarse en los árboles o irse demasiado lejos. Hubiera querido decir a su hermano que lo guardasen como un tesoro o que lo elevasen solamente dentro del cuarto, bajito, bajito, para alcanzarlo en cualquier momento. Pero ya Javier extendía





resueltamente el hilo y ponía entre sus pequeñas manos el volantín.

—Tenlo aquí. Cuando te diga ¡ya! lo sueltas.

Hubo un momento en que el juguete fué suyo por completo. Sintió en la yema de los dedos la suavidad de la seda y la tensión de los maderos. Lo aproximó a su pecho y el latido de su corazón hizo vibrar el papel. Surgía ante sus ojos una borrachera de colores. Pero el hilo se puso tenso. Desde el otro extremo del patio, Javier dejó oír su advertencia:

—¡Listo?

El niño movió la cabeza.

—¡Ya!

Abriéronse sus dedos menudos. Pasó ante sus pupilas un relámpago luminoso —verde, blanco, azul—, y ya estaba el volantín erguido majestuosamente a quince metros del suelo. Javier iba desenrollando el hilo y el juguete tomaba altura y distancia. Ya no se divisaba la juntura de los colores. Pero se oía claramente el chasquido de la seda inflada por el viento.

—Salió tranquilito. Ven a tenérmelo un momento mientras yo voy a la pieza. Sujeta la carretilla bien firme.

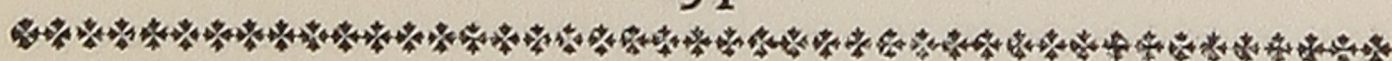
Le temblaron las manos al tomar el comando del volantín. Sintió miedo de que el artefacto no quisiera obedecerle, y apenas su hermano hubo penetrado en la casa, se puso a decir despacito: “No te muevas, quie-

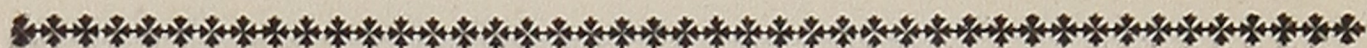




to, no te muevas''. Pero soplabla el viento y el volantín se removía. Entonces el pequeño tornaba a murmurar: "No, no, quieto, quieto''. Sin embargo, la confianza va llegando poquito a poco. Al cabo de unos instantes, Juanito se atreve a tirar del hilo como ha visto hacer a su hermano. El volantín responde con leves movimientos, se inclina hacia un lado y torna a remontarse quedamente. Entonces entre el juguete y el niño se establece un contacto afectivo. Por el hilo bajan hasta las manos infantiles las sensaciones de lo alto. Juanito siente los dedos florecidos de viento y color. El volantín es una prolongación liviana de sí mismo. Es como si la estatura del niño hubiera crecido hasta ponerse por encima de todos los humanos. Un claro regocijo baja desde los cielos inundándole el alma. Y a lo largo del hilo van las palabras en un vaivén de ascensión y caída, mientras los hombres pasan por las calles sin ver el volantín que conversa con Juanito para contarle el mundo y lo que está más allá del mundo.

El pequeño, en ese instante, no piensa. Es una pura sensación vibrando sobre la tierra. El viento, junto con pulsar el hilo tenso, le humedece los nervios y el espíritu con una música fresca y azul. Fresca y azul. Gloriosa. En la iglesia ha empezado a trinar una campana, distante. Juanito es un armonio inmenso sujetando aquel hilo por donde trepan ángeles. Si se que-



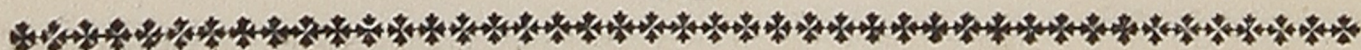


dara quieto, el niño podría diluirse en el viento. Ser una ola de plata que se expande junto con el tañer de la campana.

Mas, de repente, en el espíritu de Juanito hay una conmoción inmensa, negra, total, como si junto a él hubiesen roto un vidrio de un balazo. Hay otro volantín —verde, negro, naranja— que se acerca, siniestro, silencioso, como los monstruos de los sueños. Se alzó desde la calle, sin rumor, a espaldas suyas, y ahora el hilo extraño quiere tenderse encima del que sostienen sus manos. La garganta del niño late angustiosamente, ciegamente, como un caño sensible.

—¡¡Javier!!

El grito crece, ronco, ajeno, henchido de clamante súplica. Pero ya es tarde, ya es tarde. Los hilos se han tocado en las alturas. El volantín pirata —¡pirata, pirata maldito!— desciende ahora contoneándose, colgado del hilo que se anuda al corazón de Juanito. Hay una leve vibración, una sacudida imperceptible, y el volantín del niño, liberado de pronto, se tiende en los cojines del viento, ensaya zambullidas, remonta sin control, gira sobre su cola, hace una venia desgarrada, pierde altura, se clava como flecha y se oculta por fin tras los tejados. El hilo, roto, inútil, cae trazando grandes olas delgadas. Y el volantín pirata se remonta crujiendo, agresivo, insultante, como un gallo que pregona su triunfo.



La catástrofe ha sido tan grande, que Juanito no atina a comprender. Es como si el cielo se le hubiera derrumbado en el alma. Es como si una mano fría le hubiera descuajado el corazón.

—¡Mamá! ¡Javier!

Se le saltan las lágrimas, y el cielo, el mundo, los árboles, todo se quiebra en sus pupilas.

Acude, corriendo, Javier. Y él ya no puede más. Se derrumba en los brazos del hermano, hunde la cabeza en su pecho y allí gime, gime, gime, como si quisiera esconderse de cuanto lo rodea.

—Cállate, Juanito, cállate... Compraremos otro.

No es eso, Dios mío, no es eso. Javier no quiere comprender. "Compraremos otro". El desea su propio volantín, aquél verde, blanco y azul que se aquietó en sus manos y le arrancó armonías de la sangre. ¿Adónde estará ahora? ¿Adónde irá volando, abandonado, suelto, roto?... ¡Cuánto debe sufrir su volantín verde, blanco y azul!

—Juanito...

No desea oír nada, nada, nada. En un impulso abandona los brazos de su hermano, cruza sin tino por el patio, se lanza al corredor, abre la puerta de la calle. Y el grito, cara al cielo, se le deshace en llanto:

—¡Mi volantín, mi volantín!

6.—LA FIEBRE

A JUANITO LE HA parecido siempre que en el mundo hay cosas tristes que los demás no comprenden. Cosas que llaman el llanto, que traen el sollozo desde muy adentro, como si el pecho fuera una caja de opresiones que es necesario descargar. Como ese día su madre no lo ha dejado levantarse, Juanito piensa en todas las cosas tristes. Por ejemplo, en aquel zapatito suyo que se fué por el agua como una roja embarcación. Todo por un descuido. Su hermano le había dicho: "Ponte los zapatos, Juanito". Pero él los llevaba en la mano mientras iban por cerca del canal. El zapatito se escabulló como un pez, patinó un momento por la hierba delgada de la orilla y cayó luego en la corriente, hendiendo graciosamente las aguas. ¡Qué bonito era! Nunca fué más bonito su zapato que en el momento de perderlo.

Pero hay otras cosas que acuden en tropel a su mente. Está, sin ir más lejos, su insignificancia de niño solitario. Sus hermanos van al colegio, tienen libros, cuadernos, lápices de colores. Hacen tareas por la noche y hablan de lejanos países. Holanda, capital La



Haya. Australia. Terranova. A él sólo le permiten leer libros de cuentos. Es triste ser pequeño, pequeño como una hoja. Juanito piensa que le falta mucho para ser mayor y llora. Su madre lo sorprende con los ojos mojados. Le toca la frente y dice: "Te ha subido la fiebre. Tienes que tomar un purgante". Su madre no comprende. No es la fiebre. Es... Eso, eso que él lleva dentro. Eso que no puede contar a nadie. ¿Por qué las personas mayores no entenderán? Pero se somete a cuanto diga su madre. En esos momentos prefiere estar solo. Y cuanto antes concluya de tragar el purgante, mejor. Ya está. "Y ahora, a dormir, Juanito". Sí, mamá. A dormir. Cierra los ojos. Ella se marcha en puntillas. Cuando el picaporte —"cor-chue-lo"— introduce su lengua en la ranura del marco, Juanito levanta la cabeza. Está solo. Es decir, solo no. Lo acompañan sus divagaciones. Cosas, objetos, seres invaden la pieza, traídos por la evocación. Ahí está el romero del huerto con sus mariposas. Después, Otelo, el perro. Luego, un caballito blanco que vió corriendo por un potrero. Y el agua y las nubes encendidas de la tarde. Y las ciruelas maduras, tan moradas y cenicientas. Y su hermano Javier diciéndole adiós desde un barco rojo. Desde un barco rojo que es su zapatito navegador. Pero, ¿qué lleva Javier entre las manos? Es su pianito de juguete. ¿Cómo pudo Javier descubrir su pianito de juguete? Él hizo un hoyo profundo en el huerto para ocultarlo. Allí



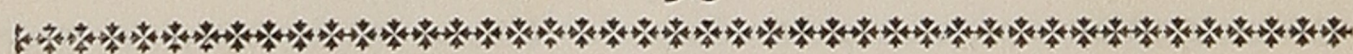
estará, humedecido por el agua de riego, sonando para los gnomos. Sí, allí está: lo acaba de ver. Pero no suena. Está brotando. Sí, está brotando. Las pequeñas láminas de metal son ramajes finísimos que buscan altura. Crecen también las espinas metálicas del rodillo. Le pinchan los dedos a Juanito. El rodillo crece, crece. Ahora se pone pesadamente en marcha, aplastando las casas. El niño trata de pararlo con una aguja que le robó a su madre. Pero el rodillo sigue avanzando. Huyen las gentes. Se derrumban los techos. Y el pianito suena, dentro del rodillo, como si fuera un campanario. En realidad es un campanario. Arriba vuelan palomas. Hay ventanales de colores. Tras uno de esos ventanales, la madre de Toño abraza a su hermano Javier. ¿No tendrá vergüenza del Niño Jesús que la mira? Juanito quisiera cubrir los ojos del Niño Jesús. Pero se lo impiden los barrotes de la ventana de su casa. Los barrotes no están fríos. Que man las sienes de Juanito. Sin embargo, por dentro de los barrotes corre agua fresca. ¡Si él pudiera dar vuelta el grifo de una golondrina! Hacer girar el grifo de una golondrina no es cosa fácil. Hay que tener dedos de viento. Y los dedos de Juanito han engrosado hasta convertirse en las patas de una silla. Debe ser la silla que hay en el cuarto de su abuelo. Esa silla desvencijada, rota, con las pajas crecidas como barbas. En ella se sienta un gigante. ¿O es el despachero de la esquina? Se le parece en los ojos. Tal vez el gigante le robó los ojos al

despachero de la esquina. Claro: los ojos aquellos estaban en el saco de las bolitas de cristal, y el hombre los vendió sin darse cuenta. Pero el despachero está muerto. Cuelga su cabeza al borde de una cama sucia y hay sangre en los ladrillos. Tiene los ojos abiertos. Los ojos de su abuelo. Son los mismos. Juanito los conoce bien. Al hombre le han crecido las barbas. Le han crecido mucho. A la silla del cuarto también. Entonces ¿el despachero y la silla son una misma cosa? No puede ser. El tiene que acabar con aquello. Cogera esa espada fulgente, toda de oro, que cuelga del techo ante sus ojos. Estira la mano —¡qué pesada está su mano!— y rasguña el aire. La espada se aleja. Pero permanece ahí colgada. El niño abre los ojos. La espada es un rayo de sol que entra por una hendedura de la ventana.

El niño lucha un momento para no caer de nuevo en el carrusel violento de la fiebre. Abre mucho los ojos, aprieta los puños para sentirse el cuerpo. Enfrente de él hay un cuadro de marco dorado. Desde el fondo del marco sonríe, blanco, refulgente, el Angel de la Guarda. Está inclinado, con sus dos alas muy abiertas —alas de viento—, sobre un pequeño que pugna por coger una flor a la orilla de un estanque. Juanito pide al ángel que aparte al despachero y a la silla rota. Y el ángel obedece. Poco a poco pliega sus alas, y en el cuadro se abre un gran ventanal pintado de sol. Toda la pieza desaparece y Juanito se va por aquella puerta pura de la pared.

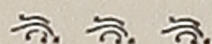


¡Qué liviano se siente! Puede caminar por escalas de cielo, pisando nubes de esponja. Arriba hay un lucero grande, temblando en su propia virginidad. Aquel lucero refulge en el pecho de tía Julia. Ella lo lleva prendido con una cadenita de plata. Si Juanito lo tocara, se quemaría las manos. Por eso lo deja y prefiere sentir el perfume de tía Julia. Es como un huerto de viento y sonido. Pero no. Aquel lucero es, de pronto, el cigarrillo de Javier. Ese cigarrillo que vuela por los aires hasta caer en la tierra del patio. Allí se queda humeando. Es una bomba que va a reventar. Muchos ojos asombrados se asoman a las ventanas. Y la bomba humea, humea. Desde el humo nace de pronto un gato azul que sube sin rumor al tejado y empieza a devorar la luna. La luna que surgió del cañón de la cocina como una pompa ardida de jabón. Se hace una densa obscuridad. El gato lo ha llenado todo con su cuerpo blando, plegable, gaseoso. El gato oprime las paredes, respira blandamente, como las hojas en la noche, se siente su presencia jadeante y cálida. ¡Miau! ¡A... u...! ¡U... ai! ¡Ju... a - í...! ¡Jua-ni-to! Es una flor que clama en el huerto. Una flor vestida de soledad. Pero ¿cómo es que la flor lo conoce? ¡Ah! Es la dalia que cortó y pisoteó porque su madre lo dejó sin postre el domingo. Ahí está su pequeña cabeza en tierra, pidiendo justicia. “¡Juanito!” Está acusándolo. Sí, fué él quien la cortó





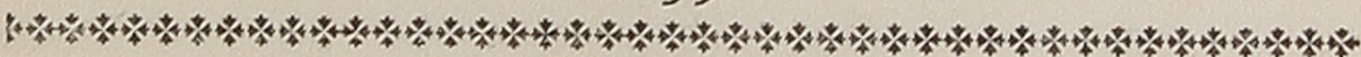
y la ultrajó. Dalia. No, no. Era un tulipán. ¡Qué bien suenan las sílabas! Tu - li - pán . . . Tu - li - pán . . . Está amaneciendo. Llaman las campanas a misa. Hace frío. Es el frío sonámbulo del alba. Tu - li - pa - lán . . . Juanito va, conducido por tía Julia, a la iglesia cercana. El alba tiene olor de angustia. Suena a gris en el canto de los pájaros. El alba. Pero ¡cuánto tiempo ha pasado? Años tal vez. Sí, muchos años. No obstante, cuando Juanito retorna de su peregrinación a través del marco —“a través del ángel”—, ahí están las tres de la tarde, las mismas grises tres de la tarde clavadas como mariposas con el alfiler de un rayo de sol.



CUATRO DIAS MAS tarde, cuando Juanito puede levantarse, algo ha quedado atrás. Tal vez el dominio milagroso de la infancia. Tal vez el zapatito conquistador del agua. Tal vez el pianito que sonaba en la fiesta del sueño.

A Juanito le queda apenas entre los dedos una sedosa sensación. Una mariposa voló de sus manos. Allí está el polvo de sus alas. La vida tendrá ya otras puertas, el sueño otros caminos, el corazón otras campanas.

Juanito convalece mirando la tierra del huerto. Allí tiembla, desnuda en el sol, una flor que olvidó pa-



ra siempre la cárcel breve del cáliz caduco. Ayer era una cosa como un huevo verde-gris. Hoy es una flor. Y las abejas vuelan, melodiosas en torno al aura de su aroma.

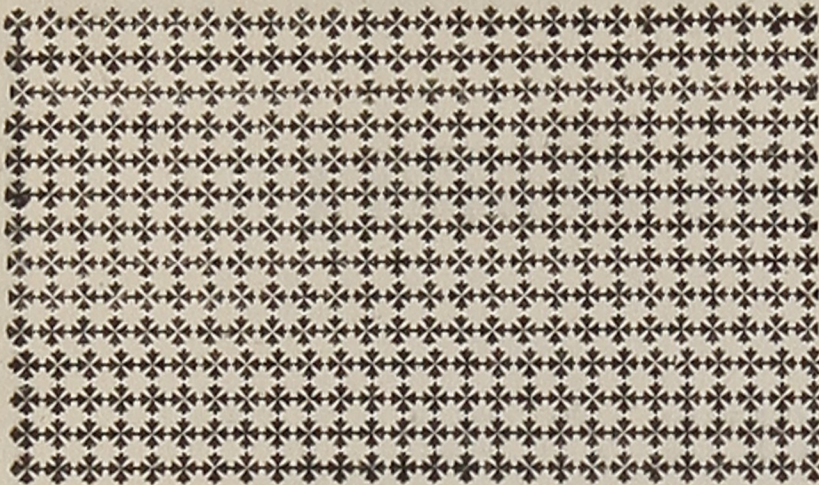
FIN

BIBLIOTECA NACIONAL

28 DIC. 1962

Secc. Control y Cat.

Verano de 1940.



INDICE



Págs.

Oscar Castro Z.	7
1.—Juanito descubre el mundo.	15
2.—El hermano.	24
3.—Escaramuza militar.	33
4.—El jilguero.	40
5.—El volantín.	48
6.—La fiebre.	54

Ediciones CULTURA

COLECCION *La Honda*

**Se publica bajo la dirección y el cuidado
de Nicomedes Guzmán**

Consta de doce volúmenes, compuestos de un minimum de 64 páginas, cada uno, tamaño 1/32 recortado, confeccionados en papel pluma nacional, con lujosa tapa a dos colores forrada en papel pergamino y portadillas igualmente a dos colores.

Precio de la Colección completa dentro del país: \$ 250.— (doscientos cincuenta pesos m/c.)

Tiraje limitado

No se venderá por volúmenes sueltos

Tarjetas de suscripción en:

EDITORIAL CULTURA.— Huérfanos 1165

Teléfono 81291. — Casilla 4130

Santiago (CHILE)

Volumenes publicados:

G O L F O D E P E N A S

por Francisco A. Coloane

S I N F O N I A E N P I E D R A

por Raúl Norero

V E N T A R R O N

por Reinaldo Lomboy

P A M P A V O L C A D A

por Mario Bahamonde

C O M A R C A D E L J A Z M I N

por Oscar Castro Z.

Por publicarse:

P O R E L A N C H O C A M I N O D E L M A R

por Guillermo Valenzuela Donoso

U N A C A S A J U N T O A L R I O

por Gonzalo Drago

T I E R R A E N C E L O

por Juan Donoso

L A S B O D A S D E L G R I L L O

por Nicasio Tangol

S E W E L L

por Baltazar Castro

S O B R E L A B I B L I A , U N P A N D U R O

por Andrés Sabella

L A N O C H E Y L A S P A L A B R A S

por Eduardo Elgueta Vallejos

EDITORIAL CULTURA

Por la defensa del libro chileno de autor chileno

Buenas ediciones. Mejores autores



Solicite los siguientes libros:

L A Q U I N T A L A

por Benjamín Vicuña Mackenna

NUEVOS C U E N T I S T A S C H I L E N O S

por Nicomedes Guzmán

M U E R T E E N E L V A L L E

por Bernardo Kordon

L O S H O M B R E S O B S C U R O S

por Nicomedes Guzmán

GENIO Y FIGURA DE BERNARDO O'HIGGINS

por Carlos Cabello Reyes

HUIPAMPA, TIERRA DE SONAMBULOS

por Nicasio Tangol

LA TABERNA DEL PERRO QUE LLORA

por Jacobo Danke

J O S E S A N T O S O S S A

por Julio H. Iglesias

E L E G I A S D E L S U R

por Benjamín Velasco Reyes

Este quinto volumen de
COLECCION "LA HONDA"
que
publica la
Editorial Cultura
terminóse de imprimir
en los talleres
Gráficos de
Argomedo 363-A,
el día 1.º de Diciembre de 1945

K. 8/12

buch. chb

Oh 863

C 3556 c.

1945

e. 1

AA A 8670



Impreso en Chile
Imprenta Cultura
Argomedo 363-A